

lámparas con grandes vasos también muy labrados. Además de esta mezquita, hay otras muchas de gran capacidad pero de construcción más moderna, y por lo general sin adornos que revelen ningún mérito artístico.

La importancia de esta ciudad, como una de las capitales del imperio, es todavía mayor que la de Marruecos. El sultán no puede considerarse dueño del trono si antes no le franquean las puertas los moradores de Fez, para practicar la oración en la mezquita de Muley Idris; y esta costumbre, degenerada en precepto religioso y obligatorio, es de tal importancia que la mayoría de los musulmanes del Mogreb no prestarían acatamiento al emperador falto de este requisito.

Al ser proclamado sultán el que hoy rige los destinos de aquel estado, halló una oposición enérgica por parte de los moros de Fez, quienes se prepararon para rechazar las fuerzas que S. M. había de enviar con objeto de reducirlos á la obediencia; y armándose 14.000 curtidores y zapateros, que como ya hemos dicho, forman el núcleo mayor de los industriales y constituyen su principal riqueza, pretendieron declararse libres y nombrar otro príncipe más en armonía con sus deseos y aspiraciones. Cuando Muley Hasan se presentó ante los muros de Fez, les envió algunos emisarios con el fin de evitar toda lucha, ocasionada á venganzas y represalias que sólo redundan en desprestigio de las ciudades y contribuyen á aumentar las miserias de las clases más desvalidas; pero los defensores de la ciudad despidieron de malos modos á estos parlamentarios, viéndose obligado S. M. á emplear los medios violentos para conseguir el completo dominio de sus estados. Organizado un asalto á la ciudad, las tropas y gentes de las kábilas que acompañaban al sultán, fueron rechazados en toda la línea con numerosas bajas, y fué necesario pensar en el bloqueo completo de la plaza y su inmediato bombardeo,

empleando los únicos seis cañones de montaña que poseían. Muley El-Abbás, auxiliado por un renegado español, dirigió este ataque con tal fortuna que, destruidas dos casas y una torre de mezquita, cuya solidez no ofrecía grandes garantías, se apoderó el pánico más horrible de la población, y los defensores abandonaron sus puestos, yendo á refugiarse en sus hogares á fin de evadir los castigos que les esperaban cuando el sultán, cumplidas las ceremonias religiosas, se trasladase al palacio de sus antepasados para descansar de sus victoriosas campañas. Merced á tan insignificantes medios de acción, logró Muley Hasan apaciguar la más importante de todas sus ciudades, cuando por muerte de su padre vino á ocupar el trono de los Sheriffes.

Marruecos.

En una gran planicie limitada al sud y sudeste por las cordilleras del Atlas, se halla la ciudad de Marruecos, perfectamente amurallada, con numerosas huertas muy pobladas de árboles frutales, y un número considerable de palmeras que le prestan una vista encantadora.

Fué fundada por los sultanes pertenecientes á la dinastía de los Morabetin, gobernándola sucesivamente los almorávidés y almohades, hasta que los Beni-Merines se hicieron dueños de todo aquel continente africano, erigiendo por capital á Fez. No obstante su secundaria importancia como capital, ha logrado siempre ser la ciudad más populosa del imperio por el tráfico constante con las kábilas del interior, y la afluencia de todas las carabanas que se dirigen á lejanas comarcas, y aún de las que atravesando el territorio de Taflete y del Dráa penetran en el desierto por direcciones ya conocidas hasta llegar á encontrar los pueblos que habitan el interior de ese hermoso continente.

Su principal comercio, pues, se hacía con las tribus más apartadas de la costa, y durante largo tiempo era el punto donde concurrían los negros procedentes del Sudán y Guinea, que traían engañados de sus comarcas para venderlos en los puertos de la costa. Este infame tráfico ha disminuido considerablemente, alimentándose en la actualidad su comercio con las mercancías que recibe por Mogador, de Europa, y las que embarcan en distintos puertos como producto de la industria de sus moradores y feracidad de la tierra que cultivan.

Marruecos está habitada por más de 100.000 almas, entre las cuales figuran 15.000 negros por lo ménos y 10.000 hebreos, que residen en barrio especial. Este número de habitantes no corresponde al espacio que ocupa esta capital, pues si se hallase distribuido convenientemente y en la misma forma que las de cualquier país civilizado, habría sitio suficiente para un número diez veces mayor por lo ménos. No siendo costumbre en Berbería que las calles tengan nombre propio ni las casas numeración, parecerá imposible poderse entender en aquel laberinto de tortuosos callejones y edificios aislados, sin adquirir previamente los conocimientos necesarios para saber el nombre de los propietarios ó inquilinos; pero estas dificultades se obvian en parte por la división de *haumas*,—barrios ó cuarteles—que tienen establecidos. De este modo, conociendo un barrio se llega, en breve tiempo, á conocer los vecinos que lo componen, y se consigue adquirir una práctica suficiente para el escaso trato social que las costumbres berberiscas permiten. Los barrios principales de Marruecos són: la *Mamunia*, *Sid-Bel-Abbás*, *El-Kaisería* y la *Zawia*; la industria aplica sus nombres á la demarcación donde un gremio establece sus tiendas ó talleres; así, por ejemplo, *Suk el-Herir* es el mercado de la seda; *Suk Eznatsa* mercado de los zapateros; *el-Atarin*, tenderos de drogas, etc.

Existen en esta ciudad algunos monumentos notables, de estilo gótico y árabe, construidos por Almanzor, pero el tiempo se encarga de borrar lentamente los escasos vestigios que aún se observan. La Mezquita llamada *Kotubia* fué edificada también en la época de aquel afamado monarca, y su esbelta y colosal torre es análoga en su forma y dimensiones á la de Hassan, que ya hemos citado al ocuparnos de Rabat. Para ofrecer algun albergue á las carabanas que arriban del interior, existen unos *fondaks*, ó especie de posadas muy súcias donde no se facilita la manutención; siendo preciso que los creyentes—únicos capaces de sufrir aquel alojamiento—acudan á unas tiendas de aspecto repugnante, en las cuales se prepara un alimento parecido á la sopa de nuestra cocina, llamada *harira*, y carne asada en parrillas y condimentada con trozos de grasa. Para este sencillo refrigerio no emplean mesa ni otros útiles que los dedos, sentándose en cuclillas en el suelo á la puerta de la tienda, de modo que los transeúntes no les molesten.

El palacio que el sultán posee en esta capital se halla en la Kasbá, al sud de la población, rodeado de extensos jardines ó huertas, cuyo perímetro será próximamente de ocho kilómetros. Todo este espacio está circundado por la línea contigua de murallas, cuya elevación se aproximará á los 10 metros, con torres cuadradas á distancia de 200 pasos, en las cuales han colocado algunos cañones.

La variada mezcla de individuos que pueblan á Marruecos facilitaría extraordinariamente á cualquier naturalista el estudio de las múltiples razas que encierra en su seno ese misterioso continente africano. Todas ellas son fanáticas hasta lo inverosímil y aún más salvajes de lo que demuestran sus facciones y groseras maneras.

Odian al cristiano porque lo consideran como un mónstruo de perversidad y no desperdician ocasión de zaherirle con maldiciones y despreciables epítetos,

que su riquísimo idioma posee en abundancia. A pesar de estos desahogos, poco trascendentales, todavía no se ha dado el caso de que los insultos lleguen á vías de hecho, sin duda por temor á los castigos que se les impondría por un atropello semejante; y si comprenden que el *rumi* conoce su lenguaje, procuran evitar las palabras mostrando su desprecio con gestos y miradas desdeñosas.

Marruecos dista de Mogador unos 50 kilómetros, de Saffi 70, de Rabat, 250, y de Tánger, 500.

Las distancias consignadas en estos apuntes están calculadas por el número de jornadas que emplean los camelleros en recorrer el trayecto marcado, pero solo deben aceptarse como suposiciones que se aproximan á la exactitud, tomadas de los únicos datos que hoy existen.

Además de los puertos y ciudades ya descritas, hay en el imperio algunas aldeas, caseríos ó fortalezas antiguas, casi deshabitadas en la actualidad, y que sólo sirven para recordar al viajero los distintos pueblos que dominaron aquel país, imprimiendo las huellas de todos sus adelantos en los monumentos que legaron á la prosperidad. Mehdia, Tadla, Udja, Tata, Sefran, Uad-Nun y otros de menor importancia, no pueden ser ya considerados más que como ruinosos é inmundos lugares donde se haría imposible habitar si no los reedificasen de nuevo; esperanza que nadie debe abrigar mientras aquel estado se halle bajo la tiranía de la barbarie, si bien debemos consignar con satisfacción la tendencia, ya muy arraigada entre muchos musulmanes que habitan los puertos de la costa, de ver pronto desaparecer los obstáculos opuestos siempre para que la ilustración moderna, aún suministrada en dosis homeopáticas, reemplace al prolongado entronizamiento del barbarismo.

IX.

Los judíos.—Su condición como súbditos del sultán.—Beni-Djifa.—Los protegidos.—La religión de Moises.—Sinagogas.—Rabinos.—Mel-lah.—Fiestas principales.—Los sábados.—Circuncisión.—Casamientos.—Entierros.—Ceremonias de estos actos.—Usos y costumbres.

La agitación anti-semítica adquiere en los momentos actuales un carácter alarmante en algunas naciones europeas, á pesar del espíritu tolerante y libre que preside á la sociedad moderna; los atropellos de que son víctimas los hijos de Israel, traen á la memoria los ignominiosos tiempos de aquellos célebres emperadores romanos que immortalizaron su nombre martirizando horrorosamente á los cristianos, quienes á despêcho de todos sus perseguidores y llevando por escudo la fé inquebrantable en cuántos principios é ideas se sustentan sin someterlos nunca al terrible escalpelo de la observación y el estudio, abrazaban la religión del Crucificado y predicaban el evangelio recorriendo todo el orbe entonces conocido.

Han trascurrido muchos siglos, y no obstante el progreso verificado en todos los ramos del saber humano, aún existen masas ignorantes entre las cuales dominan ciertas preocupaciones, muy difíciles de exterminar, porque el pueblo contra quien se han dirigido los más infamantes anatemas ha logrado, con su odioso proceder, arraigar esa antipatía de razas, origen de tantos males y amenaza constante de su existencia. Desde que Jesucristo trasformó la socie-

dad con sus sublimes doctrinas y luego Mahoma les arrebató el escaso poderío con que aún contaban, la vida del pueblo isrealita está plagada de horrorosas y execrables episodios, que sobrellevan con admirable resignación, pues aún abrigan la esperanza de ejercer un dominio absoluto sobre sus actuales opresores.

¿Hay una razón justificada para que ese odio implacable subsista todavía, á pesar de los maravillosos adelantos de este siglo?

Difícil será, sin duda, contestar de una manera categórica y precisa á esta pregunta, porque los actos que se cometen no pueden tener defensa de ningún genero, ni se acomodan tampoco á los preceptos de las religiones posteriores al judaismo; pero es preciso convenir en que esta prolongada persecución es consecuencia lógica del carácter y condiciones de los individuos de Israel, y de su incalificable conducta observada en cuantas ocasiones han alcanzado alguna prianza al lado de los monarcas ó en el desempeño de importantes cargos administrativos.

El judío mogrebino ódia al cristiano y para escarnecer la religión católica emplea los términos más groseros é insensatos; pero todo el desprecio que sus palabras encierran, sirve sólo para enaltecer aquello mismo que tratan de vilipendiar, porque no es posible concebir nada digno de su asquerosa cobardía, su sin igual bajeza y la refinada perfidia que sirve de norma á sus actos. Posee maravillosas facultades para acomodarse á todo género de humillaciones; una ductibilidad de carácter pasmoso para sujetar su conducta á las diferentes situaciones de la vida; la destreza necesaria para engañar sin aparecer culpable, y, finalmente, una aptitud incomparable para los negocios y para ejercer toda clase de industria. Aun cuando conservan gran apego á su viejisima religión posponen ordinariamente las creencias religiosas á sus intereses materiales, y si las circunstancias lo exi-

giesen no titubearían en cambiar á Jehová por el becerro de oro, del cual esperan, no sólo su rehabilitación social, sino el dominio de todas las razas que pueblan este planeta.

Cuantos hayan tratado por algun tiempo esto gente y estudien su modo de proceder verán pronta comprobados estos asertos, al parecer algo atrevidos.

Hé aquí, como corroboración de nuestras apreciaciones, los juicios emitidos por Murga en la descripción de aquel imperio al ocuparse de los hebreos, á quien pudo conocer y observar sin prevenciones ni apasionamientos, por la manera de sér de este célebre viajero y el modo especial como verificaba sus escursiones por todos los dominios del sultán.

«Las pasiones más bajas de la humanidad son rasgos característicos de los judíos de Marruecos. Su mirada es inquieta y atravesada; su fisonomía tiene algo de innoble y brutal, difícil de definir pero que disgusta y repele; es, á no dudarlo, la fealdad moral que se deja traslucir. No tienen del hombre sino los instintos inferiores y los apetitos animales, y nada elevado puede caber en aquellas almas *metallizadas* porque no tienen más pasión ni más Dios que el dinero, á quien adoran como lo hacían sus antepasados cuatro mil años ha.»

«Como consecuencia natural, su probidad no está por las nubes; lo está por las alcantarillas y más baja eataría aún si algo más súcio pudiera haber debajo de ellas, exceptuándose aquellos casos en que suele elevarse en razón directa del miedo ó la conveniencia que produce este fenómeno moral.»

«Los cristiano y moros que sufren más de una vez su maldad los conocen perfectamente, y dicen que los judíos al salir de su casa ponen la mano sobre el pedazo de caña ó tubo de latón en que cuelgan los *tefelimes*.—sálmos de la Biblia—en los alfeizares de las puertas interiores, y ruegan á Dios no les permita

volver á pasar por ellos sin que hayan engañado á alguno que no sea de su grey.»

«Pero por más desconfianza que se tenga con ellos, por más precauciones que se tomen para evitarlo, es muy difícil no caer en sus lazos, y más difícil aún el que pueda zafarse de ellos quien se dejó enredar.»

En Europa han existido hebreos de gran valía que por sus conocimientos y eminentes servicios figuran con envidiable ronombre en la ciencia, las artes, la literatura, la banca, la diplomacia y aún en la milicia; pero esta clase de judíos no se conocen en Berbería donde sólo por excepción se encuentran algunos artifices notables, dedicándose la inmensa mayoría á almacenar dinero, comerciando ó explotando á los cristianos y á los moros si se descuidan, lo que no es tan fácil porque el musulmán conoce las aficiones del israelita y procura no ser nunca sorprendido.

Los atropellos de que són víctimas los moros por parte de los cristianos, obedecen generalmente á las maquinaciones de esta gente que sabe explotar de un modo inaudito la compasión que inspira á cuantos desconocen aquella comarca; pero despues de algunos años de residencia en el país, estos compasivos sentimientos se convierten en el desprecio más exagerado llegándose á considerar como natural y justo cuantos actos de tiranía y desprecio repugnan á todo corazón humano. Esta regla general no ha tenido todavía una sola excepción.

* *

Los musulmanés distinguen á los judíos con el nombre de *Beni-Djifa*—hijos de la Carroña—epiteto infamante que tiene su origen en una leyenda tan extraña como inverosímil, pero que revela el odio y

aversión de Mahoma hácia el pueblo de Israel que tantos disgustos le proporcionó.

Según la tradición, el Profeta libró una encarnizada batalla contra las huestes hebráicas reunidas para aniquilar su influencia, y la mortandad fué tan grande que ni un sólo hebreo sobrevivió á la lucha. En las inmediaciones del campo de la acción, cubierto de cadáveres en todo el espacio que la vista más perspicaz puede abrazar, estableció Mahoma su cuartel, y cuando se retiraba á descansar de tan desastrosa jornada, dando primeramente las gracias al excelso Allah por la victoria que le había concedido, llegaron á sus oídos los lamentos de infinitas hebreas que acudían en busca de sus maridos. El Profeta quiso enterarse por sí mismo de las causas que promovían aquel tumulto, pero su presencia exacerbó el dolor de las hebreas, las cuales, mesándose los cabellos y arañándose la cara, pedían *al Dios de Abraham* una pronta y eficaz reparación contra su desgracia.

Interrogadas por Mahoma expusieron sus quejas y pidieron al ilustre caudillo fundador del Islam que, del mismo modo que había alcanzado tan señalada victoria, arrebátandoles todo su consuelo y condenándolas á la esterilidad, tuviese al ménos piedad de ellas y les diese la muerte, con lo cual quedaba más pronto exterminada la raza hebráica. Pero Mahoma conmovido ante este espectáculo desconsolador, invocó al grande Al-lah y mandó á las mujeres que, puesto que la noche se aproximaba, se fuesen á dormir con sus muertos, y así como Dios hizo el mundo de la nada y para El no había imposible de ningun género, confiasen en su misericordia que era infinita. Las hebreas ejecutaron, cuanto el Profeta les encargara y á la mañana siguiente tenían ya señales inequívocas de que habían concebido, y se marcharon satisfechas por haber asegurado su posteridad.

Como si este nombre y el recuerdo que encierra no fueran bastantes para atraer sobre los judíos el

desprecio de todo musulman, que considera esta leyenda como artículo de fé, aún poseen otros muchos con tendencias análogas y cuya relación sería demasiado prolija. Para demostrar el concepto que los judíos merecen á los mahometanos, nos bastará añadir una sola de las máximas que todo creyente debe observar para no verse sorprendido por ningun israelita, la cual traducida literalmente dice así:—*Al judío y al ratón no le enseñes la puerta de la casa.*—*Lijudi-ú el far lu tsurriilus bab ed-dar.*

Las enseñanzas de los preceptos que poseen en su riquísimo idioma son las únicas reglas de su conducta en todos los actos de la vida, y el mahometano procura siempre demostrar al israelita la imposibilidad de llegar á obtener nunca una situación comparable con la que disfruta el creyente en la sociedad berberica.

Como consecuencia lógica del desprecio que esta gente inspira, han sufrido desde muy antiguo los mayores atropellos sin devolver el más insignificante de los insultos, por temor á la indignación que este acto tan natural había de producir en los creyentes y el de agravar considerablemente su denigrante situación. Los chiquillos se creen con derecho á apedrearlos y arrancar las barbas de los más ancianos; sus casas eran consideradas como lugares inmundos donde solo se podía penetrar para llevar á cabo algun acto de barbarie, introduciendo el espanto en sus moradores; se les prohibía montar en ninguna clase de animales por las calles; cuando pasaban por delante de alguna mezquita habían de ir descalzos y áun sus mujeres estaban á merced de cualquiera en situaciones anormales, lo cual, aunque parezca extraño, era ménos sensible al judío que si le despojasen de sus bienes. Este último atropello es el de más importancia para un

hebreo, que se resigna fácilmente á perder su honra pero no se consolaría jamás si le arrebatasen sus ahorros.

No obstante el estado de barbarie que aún impera en el Mogreb, estos inauditos atropellos són de cada vez menores, y en los puertos de la costa no se registra un sólo caso de los citados; contribuyendo poderosamente á este resultado la protección concedida por las naciones europeas á muchos israelitas y mahometanos, quienes, desde el momento que el pabellón cristiano los ampara, disfrutan de análogas preeminencias que los súbditos de las potencias extranjeras.

Estos judíos protegidos han causado, sin embargo, bastante daño á los cristianos. La rápida transición del estado infamante y oprimido al respetado y libre, excitó los sentimientos de venganza contra sus antiguos opresores; y no satisfechos de hallarse exentos de toda contribución, se impusieron, del modo que solo ellos saben hacerlo, y cometiendo todo género de vejámenes procuraron recabar mayores derechos á fin de cometer cuantas exacciones redundasen en beneficio de sus intereses; pero las naciones europeas no podían hacerse solidarias de estos abusos, y las repetidas quejas del sultán hallaron por fin eco, y en unas malhadadas conferencias, verificadas en Madrid el año 1880, se convino en limitar el derecho de protección á las potencias extranjeras y suprimir las escasas ventajas que nos concedía el tratado de Tetuan.

¡Siempre había de ser España, quien, por torpeza de sus gobiernos, resultase más perjudicada en este convenio! De este modo en vez de disminuir la emigración á Argelia, gérmen de disgustos que pudieran dar lugar á un rompimiento con la nación vecina, se procura aumentarla impidiendo el establecimiento de una colonia española en territorio mógrebino que tanto interés conserva para España.

En los puntos de la costa visten muchos hebreos el traje europeo ó *flamenco*—como ellos llaman—y especialmente si pertenecen al número de los protegidos; á pesar de que estos suelen emplear algunas prendas hebráicas, las cuales, mezcladas con las restantes del traje ofrecen un conjunto extraño y áun ridículo. Los que habitan las ciudades del interior, ó conservar con más pureza sus costumbres, usan el mismo traje que sus antepasados llevaron en los tiempos bíblicos, y cuyos hábitos principales se conservan todavía merced á la esquisita vigilancia é imposición de las autoridades del sultán para que esta gente no pudiese confundirse jamás con los creyentes, dado el poco apego que guardan á sus tradiciones.

En la cabeza llevan un gorro de la misma forma que el de los moros, pero teñido en negro,—color que el musulmán desprecia y considera como presagio de infinitas calamidades—y doblado hacia atrás; obligándoles en algunos puntos, á cubrirlo con un pañuelo de listas blancas y azules, sujeto por debajo de la barba, del mismo modo que lo usan las mujeres del pueblo en España; la túnica y el chaleco tienen dos largas hileras de botones de seda, cerradas hasta el cuello donde se halla adherido una especie de corbatín de seda también abotonado: encima de estas prendas viene una faja, y *sulham* ó *djilaba*, segun los casos ó las estaciones, pero diferentes á las de los moros en su córte y manera de llevarlas.

Las hebreas de Tánger y Tetuan se distinguen de las restantes del país por su elegante tipo y bellas formas, pero en los demás puntos del imperio sólo por excepción se encuentra alguna fisonomía que justifique la fama atribuida desde muy antiguo á esta raza. Aunque no se recomiendan por su limpieza ni por sus airosas maneras, en los dias festivos ó sábados lucen riquísimos trajes y buen número de joyas, pulseras, collares de perlas y otros adornos muy

originales. A las solteras les está permitido enseñar el pelo, pero las casadas deben llevarlo cubierto con varios pañuelos de seda, colocándose á los lados unas trenzas tambien de seda negra, para evitar que nadie, excepto sus maridos, pueda ver uno siquiera de sus cabellos.

Las demás prendas más notables de su traje, consisten en un chaleco con mangas muy cortas, profusamente bordado de oro; una falda abierta, sobrepuestos los dos paños, y sujeta á la cintura por una faja de seda muy tupida: en la parte de delante de la falda, que suele ser de paño ó terciopelo, y ocupando casi la mitad, llevan un triángulo bordado en oro generalmente con dibujos vários y bastante caprichosos, ó sólo de paño cuyo color se destaque del traje restante.

La religión hebráica observada con excesiva escrupulosidad por el judío berberisco, es, sin género de duda, la más exigente, acomodaticia y extravagante de cuantas han sobrevivido al progreso de nuestros tiempos. Basta que un trozo, por pequeño que sea, de tocino toque algún plato, ú otro ensér cualquiera de cocina para que resulte *Terefá* (1) y por lo tanto inútil para confeccionar ó distribuir los alimentos; si el Rabino, ó *Jajam*, no reconoce la carne y degüella por su mano los animales destinados á la venta pública, tambien les está prohibido comerlos, y en sus ayunos y otros infinitos preceptos religiosos guardan un rigor tan inconcebible y exagerado que sería el asombro de los individuos de la misma secta que habita el continente europeo.

Pero á pesar de la veneración que todos sus actos

(1) *Terefá* es todo lo prohibido por la ley de Moisés.

les inspiran existe una diferencia notable entre la devoción digna y elevada del mahometano y la hipócrita y falaz del judío; aparte de su espíritu intolerante no se debe creer en ese fanatismo profundo que aparentan tener en sus convicciones, porque el interés de la ley no es nunca tan grande que pueda sobreponerse á su egoísmo ó á sus miras particulares, y en cuantas ocasiones hayan de decidirse por una de ambas cosas la elección no es dudoso, si bien suelen revestirla con el mejor ropaje fingiendo una bondad que seduce á cuantos no han tenido tiempo de conocerlos.

Buena prueba de sus peores vicios nos la suministra el poco respeto que guardan á sus sinagogas. Estos sitios destinados al culto de la primitiva religión que hace mención la Biblia, tienen varias salas muy pobladas de bancos con los muros cubiertos de salmos; una especie de dosel con asientos para los rabinos, y un púlpito desde el cual se dirigen las oraciones, debiendo estar de pié los asistentes la mayor parte del tiempo, rezando en voz demasiado alta los salmos que el ritual prescribe para los diferentes dias del año. Las tablas de la ley y algunas otras oraciones las conservan en un rollo de pergamino, y para extraerlas de los sitios donde están reservadas se colocan los Rabinos algunas prendas sobre el traje ordinario mientras dura la ceremonia. Es condición indispensable que todos estén cubiertos, é ignoro si el movimiento de vaivén que dán al cuerpo y los descompasados gritos que profieren serán tambien obligatorios; pero prescindiendo de detalles insignificantes, conviene hacer constar que si algún europeo visita estos templos durante la celebración de sus oraciones observará con asombro que, sin interrumpir sus rezos, sostienen una animada conversación con el cristiano. Esto, que se repite con mucha frecuencia, tiene su objeto estudiado, pues de este modo hallan un medio de demostrar á sus correligionarios la amistad que merecen del europeo á la sombra del cual piensan

medrar y esclavizar á los restantes de su grey si la ocasión se presentase propicia.

..

Los *Jajams* son los jefes de la religión hebráica y comparten con las autoridades marroquíes la administración de justicia en cuantos asuntos, peticiones y litigios judiciales ocurren entre individuos de su raza, resolviéndolos con arreglo á sus leyes; pero si en estas cuestiones hubiese intereses de algún musulmán la resolución y sentencia del pleito correspondería única y exclusivamente al Kadi, quien aplica siempre la ley del *Sherá*, ó preceptos de la religión mahometana.

Estos Rabinos ejercen sobre sus feligreses una acción bien-hechora imposible de desconocer, pero cuyo mérito pertenece por completo al fundador de esta religión. Moisés debía conocer demasiado á la gente con quien tenía que habérselas y para aminorar el estado de suciedad en que vivían, prescribió ciertos preceptos entre los cuales figura el de no poder comer ninguna clase de animales sin haberlos degollado y reconocido por el rabino. El más insignificante defecto físico de una gallina la hace inservible para el hebreo, y las reses empleadas en el consumo diario son objeto de un escrupuloso exámen anatómico, á fin de averiguar si la carne puede tener alguna enfermedad perjudicial á la salud. Como las causas que producen este efecto son tan múltiples como nimias, suele haber muchos casos en que despues de muerto el animal se encuentra el carnicero sin poder aprovechar la carne viéndose obligado á venderla á los moros con una rebaja considerable en su precio.

Sin esta inspección es casi seguro que la mayoría de los israelitas emplearían para sus alimentos cuantos artículos fueran desechados por los demás habi-

tantes de las ciudades, siempre y cuando este recurso les facilitase los medios de hacer más económica su vida y almacenar en breve tiempo la mayor cantidad posible de dinero, única pero constante aspiración que les preocupa hasta el punto de sobrellevar los más duros sacrificios con aparente resignación.

*
*
*

En el trascurso de éstos apuntes hemos citado ya los barrios que en muchas ciudades poseen los hebreos, y á los cuales denominan *Mel-lah*. Estos sitios que se distinguen por una suciedad imponderable, la cual origina el desarrollo de terribles epidemias, se hallan aislados de la población restante, y rodeados de tapias ó murallas con una ó dos puertas á lo más, que se cierran en las primeras horas de la noche hasta el amanecer del día siguiente.

Las condiciones especiales de la vida marroquí obligan á los europeos á buscar albergue más bien que fonda, en estos inmundos lugares, confundiendo su existencia con la de aquellos desgraciados seres cuya abyección y falta de aseo es imposible describir.

Las habitaciones de los hebreos están por lo regular bien alhajadas, y en sus alcobas existen algunas comodidades muy apreciables en las circunstancias que se las ofrecen al europeo que viaje por el interior de Marruecos. No obstante esta ventaja y las atenciones que recibe durante su estancia, será muy difícil poderse amoldar á su género de vida, tan diferente por las originales costumbres de la vida doméstica, que referiríamos si no temiésemos ser demasiado prolijos.

Las ceremonias empleadas para solemnizar las pascuas y numerosas fiestas que anualmente celebran los israelitas, revisten también un carácter extraño y algún tanto extravagante, por la severidad ó

exageración con que observan sus prescripciones religiosas; pero á fin de reducir las dimensiones de este capítulo, reseñaremos solamente las pascuas de la *Cabaña* y la de las *Tortas*, que tienen su origen en las vicisitudes atravesadas por este pueblo en los primitivos tiempos, y sirven para conmemorar las penalidades sufridas en el desierto durante sus múltiples persecuciones.

La primera de estas pascuas se conoce con el nombre de la *Cabaña*, porque en los ocho días que tiene de duración, han de comer precisamente en caprichosas y elegantes cabañas, formadas con caña verde y laurel, y adornadas con un lujo que seguramente no se permitirían sus antepasados. Deben construirse en los patios ó azoteas para que se hallen siempre á la intemperie, y sus dimensiones varían en proporción á la familia que ha de albergar y en armonía con la situación pecuniaria del jefe de la casa.

En la de las *tortas*, cuya duración es también de ocho días, hay mayores privaciones aunque se hallen compensadas por la satisfacción que en los primeros días produce su nuevo género de vida. Es condición indispensable que en este tiempo supriman el pan de la comida, sustituyéndolo por una especie de galleta de distintas formas y dibujos, amasada sin levadura, con agua, zumo de naranja y mezclando en algunas casas claras de huevo con azúcar para evitar su endurecimiento, y que puedan comerlo sin necesidad de remojarlo ántes en agua, los que por sus años ú otras causas carecen de dentadura para masticarla, alejando de este modo los temores de frecuentes indigestiones.

Cada familia confecciona con anticipación un número exorbitante de ésta galleta, pues no sólo necesitan preveer el consumo que en la pascua podrán hacer, sino que la mayoría tiene por costumbre regalar en abundancia á los europeos con quienes gozan de alguna simpatía ó tratan de complacer por este medio, enviándoles al mismo tiempo un surtido de

dulces especiales—no muy exquisitos—de los que preparan para toda gran solemnidad.

* * *

El sábado es el día de descanso de los israelitas, y lo observan con una escrupulosidad bastante mayor que los cristianos el domingo y los moros el viénes. Desde el día anterior, á la puesta del sol, hasta el siguiente ya entrada la noche, el judío berberisco dedica todo el tiempo *al dulce far niente*, literalmente interpretado, excepto en las horas de rezo de la mañana. Para entretener de algun modo sus aptitudes y distraer sus sentidos con asuntos agradables, se pasan el día contando cuentos ó consejos, comiendo simientes tostadas de melón, sandía ó calabaza, visitando los amigos y murmurando de todos los ausentes; las mujeres, además de estos *quehaceres*, disponen en algunas casas columpios de una sola cuerda, en los cuales se mecen unas á otras alternativamente, entonando varias canciones, cuya languidez y monotonía no tiene rival para atraer el sueño.

La comida para el sábado la preparan el día anterior, pues no les está permitido tocar el fuego, y el rigorismo es tan exagerado que ni pueden fumar los que han adquirido esta costumbre. Los alimentos, por lo tanto, son frios excepto un plato, que pudiéramos llamar clásico é indispensable, conocido con el nombre de *adafina*, y del cual debe tener su origen la *olla podrida*, tan celebrada en España; porque no es posible imaginarse una mezcla de materias más heterogéneas y que sin embargo no ofrezca un gusto del todo desagradable. La confección de este succulento plato es sencilla: en una olla de barro barnizada el interior, introducen agua, arroz ó trigo, patatas, garbanzos, abichuelas, huevos con cáscara, carne ó gallinas, manzanas, pasas, peras, aceite ó grasa y algu-

nos artículos más, según las aficiones de cada familia; después de bien cerrada la olla con una pasta adherida á la cobertera y hechas las señales para que no se confunda con cualquier otra, la envían al horno de los moros, donde está cociendo toda la noche á un fuego lento ya graduado por la experiencia para este objeto.

Cuando por causas de enfermedad necesitan encender fuego para preparar alimentos ó cumplir las prescripciones de los médicos europeos, acuden al cristiano ó moro más próximo. á fin de que desempeñe esta comisión, mientras ellos, sentados ó acostados en sus *moradas*—habitaciones—presencian impávidos el servicio que los demás les prestan. En Tanger, donde el número de españoles es muy considerable, suelen llamarlos algunas veces para tomar té ó café que ellos no pueden preparar.

Por las tardes las mujeres, sentadas en los portales de sus espaciosos patios, ostentan riquísimos trajes de paño ó seda, profusamente bordados en oro, y adornan sus brazos, cuello y cabeza, valiosas joyas con abundantes esmeraldas y perlas de gruesos tamaños.

* * *

Moisés fué el primer legislador y profeta que, obedeciendo á un principio de higiene, muy necesario entre las gentes de su época, obligó á todos sus correligionarios á hallarse circuncidados. Los hebreos, pues, son los que desde más antiguo guardan este precepto religioso, y no han pensado todavía desterrarlo de sus costumbres á pesar de introducir una alteración dolorosa en la obra maestra del Supremo Hacedor.

Esta operación la practican con más esmero y en época más propicia que los musulmanes, pues verificándose el octavo día del nacimiento de un varón,